

La Lectura Popular



CRÓNICA DE LA QUINCENA

Espantosa miseria en Andalucía.

En Sanlúcar, centenares de marineros unidos á las gentes del campo, recorren las calles en actitud amenazadora.

En Arcos la situación grave.

En Jerez muchísimo más.

En dichos puntos, San Fernando, Puerto de Santa María, Espera, Algodonales, Rota y Alcalá de los Gazules, asciende á 12000 el número de jornaleros hambrientos; para alimentarlos solo diez días, se han necesitado cien mil pesetas.

En Sanlúcar han caído las gentes exánimes en la calle por falta de alimento. Grupos de obreros han asaltado las tiendas de comestibles.

En Ecija, el Ayuntamiento, ha tenido que repartir en un solo día tres mil raciones de rancho y al distribuir las hubo tal tumulto entre los pobres por querer arrebatarse el pan unos á otros, que tuvo que intervenir la guardia civil.

Nueva bomba explosiva en París: varias desgracias.

En Madrid captura de un individuo que acababa de colocar en el portal de una fábrica una bomba que pesaba siete kilos.

Abresé el parlamento.

Romero hace un discurso para derribar á los fusionistas.

Sagasta hace otro discurso para defenderse de los conservadores.

Azcárate hace otro para empujar á los republicanos.

Después de haber hecho Cánovas el suyo.

Y Silvela el que le tocaba.

Coro final.

Los demás oradores de la cámara se preparan todos también á hablar para defender.... los intereses de la patria.

«Cantando la cigarra
Pasó el verano entero
Sin hacer provisiones
Allá para el invierno.»
Y añade en esta fábula
El señor Samaniego
Que la muy perezosa
Se quedó sin almuerzo.
Pues acá por España

No pasara lo mesmo
Porque aquí los que *cantan*
Se comen el granero
Mientras que las hormigas
Se muerden los artejos



El parlamentarismo
Es un sistema nuevo.
Mucha charla y discursos
Mucha ley y proyecto
Y en tanto el pan se eclipsa
Y se acaba el dinero.

Tu lo quisiste hormiga
Tu lo quisiste pueblo
Tómame liberales
Y que te hagan provecho.

ADOLFO CLAVARANA.

¡EXCELENTÍSIMAS PATATAS!

Un joven abogado de chispeante ingenio, D. Pedro Castro Rojas, nos remitió hace algunos meses una graciosa anécdota que vamos á publicar porque viene de molde en las presentes circunstancias.

Hela aquí:

En cierta ocasión salieron juntos de caza un boticario y un jornalero, y para saciar el hambre echaron en la cesta de las provisiones un guisado de carne con patatas. Ambos comensales tenían un apetito más que regular y hubieran querido habérselas separadamente con el guisote; sobre todo el boticario, hombre ladino que así le gustaban las patatas como

el que le arrancasen una muela. Pero amigo, no había otro arreglo y tuvieron que resignarse á partir la capa.

Mientras el boticario, (que hacía siempre de cocinero donde quiera que iba, por su eterna afición á los hornillos), apartó el puchero y lo volcó en una cazuela, el otro improvisó una mesa con la banquetta más ancha que vió por allí, acercó otras dos, sacó los utensilios propios del caso, y después imitar á su compañero que ya estaba sentado, se dispusieron á tragar.

En tan crítico momento, al astuto pucherólogo que no cesaba de dar vueltas en su cerebro á la idea de sacar la mejor parte, le asaltó la más peregrina é ingeniosa que puede ocurrírsele á farmacéutico necesitado. Cogió una patata, (la más chica que encontró en el plato) se la llevó á la boca y disimulando lo poquísimo que le gustaba, después que la hubo tragado exclamó:

—¡Vaya una cosa rica!: Inocencio, ¿no has observado qué gusto tienen las patatas? ¡cuidado si están buenas las patatas!

El pobre Inocencio, que aún no había empezado, se apresuró á secundar á don Sabino, que este era el nombre del boticario, y cogiendo una se la echó á la boca calmosamente, al par que su compañero echaba mano enseguida á un buen trozo de carne que engulló con una ligereza que ni de galgo.

—¡Sí están buenas las patatillas! repuso el pobre hombre inocentemente.

—¡Oh! ¡la patata! interrumpió el otro, deslizando garganta abajo otra tajada no sabes tú lo útil que es la patata; fué una de las mejores importaciones del Perú y de Chile, por que con ser muy fácil su cultivo, resulta barata y muy asequible al pobre, para el que constituye un recurso poderosísimo en los años que hay escasez de otros alimentos.

De entre todas las ventajas que nos proporcionó el descubrimiento de América, quizá ninguna se encuentre tan grande y trascendental como la aclimatación de la patata en Europa; es planta dicotiledónea, tipo de la familia de las solanáceas cuyo fruto es subterráneo y se llama tubérculo del cual tienes ahora mismo un trozo en tu callosa mano.

Inocencio aturdido de tanta erudición apenas comía, mientras el boticario, sin perder ripio siguió enjaretando lindezas históricas y hablando del Perú, Chile, Colon, Hernan Cortés, etc. etc. acabó con toda la carne del guisado.

Dos horas después el pobre Inocencio tenía un hambre que no veía, al par que D. Sabino reventando de satisfecho exclamaba:

—Hijo mío, no tienes razón para quejarte; he comido únicamente lo que tu me has dejado. Además, después de tanto como te he dicho; ¿puedes dudar de que las patatas son excelentes?

Ahora apliquemos el cuento.

En Andalucía el pueblo ha empezado á morirse de hambre. Cadiz, la liberalísima Cadiz, cuna de todas las famosas libertades que padecemos desde el año 12 hasta nuestros días, se encuentra con el estómago de sus hijos en completa vacuidad. En cambio los famosos oradores políticos que con el pantalón roto por la trasera, parte, comenzaron su *gloriosa* historia demostrando al pueblo la excelencia de las *patatas revolucionarias*, se encuentran hoy con el estómago repleto disfrutando pingües sueldos ó nutritivas cesantías.

—¡Pan! grita el pueblo no solo en Andalucía sino en toda España.

Y el liberalismo le da artículos de periódicos, discursos, proyectos de ley, elecciones por sufragio universal y otra porción de cosas *sustanciosas*.

—¡Pan! vuelve á gritar la muchedumbre ansiosa de llenar el estómago.

Y la revolución liberal le concede libertad de imprenta, libertad de cultos, libertad de enseñanza, libertad de asociación, libertad de pensamiento.

—¡Pan! ¡pan! exclama enfureciéndose cada vez más al ver á sus hijos perecer de inanición.

Y el liberalismo le llena la casa de papeles impresos adornados de figurones indecentes para que sus hijos se entretengan y de libros en que se habla mal de los curas y de noticias espeluznantes para que distraiga el ocio.

Por último, el pueblo exasperado enseña los puños y entonces el liberalismo enseña las bayonetas diciéndole al mismo tiempo:

—Vamos hombre de que te quejas? Después de tanto como te prediqué. ¿puedes dudar aun de que las patatas son excelentes?

—Pero no alimentan.

—Pues eso hijo mío podías haberlo visto antes.»

Es verdad pueblo español; pueblo católico, hasta la médula de los huesos. Tu

eres el que te has dejado engañar permitiendo mientras abrias la boca para oír el himno de Riego que otro la abriera para comerse las tajadas. Tu ayudaste á despojar á la Iglesia de los bienes que servían para tu alimento. Tu arrojaste á las órdenes religiosas de los conventos para que otro tomase los bienes que eran tu patrimonio. Asilos, hospicios, hospitales todo fué *desamortizado* al grito de libertad.

Las llamadas libertades, es decir las *patatas* ahí las tienes.

Las tajadas están en otra parte.

¡Cuando aprenderás historia!

ADOLFO CLAVARANA.

DESENGAÑADOS

Se ha constituido en Brest, un *Comité obrero católico*, bajo la base de importante núcleo de trabajadores.

Estos dirigen á sus camaradas un manifiesto que encierra en sus afirmaciones supremo interés; por cuya razón vamos á transcribirlo á nuestros lectores.

Hé aquí el programa del *Comité obrero católico* de Brest:

«Compañeros: Toda vez que nuestro Comité se halla constituido, creemos que deseáis saber lo que somos y á qué aspiramos.

Ante todo, somos *obreros*: nos dirigimos á los obreros; nuestro Comité se compone *exclusivamente de obreros*, y en las sesiones de los dos Círculos cristianos de estudios sociales, nos ocupamos ante todo y únicamente de *cuestiones obreras*.

¿Cuál es nuestro programa?

Compañeros, es el programa de la DEMOCRACIA CRISTIANA.

Nosotros defendemos con todas nuestras fuerzas, por todos los medios que la ley autoriza, las tres cosas que son la base de una buena sociedad.

LA RELIGION, LA PROPIEDAD, LA FAMILIA.

desde el punto de vista político somos *republicanos*, republicanos ardientes y sinceros, porque para nosotros la forma republicana es la expresión de la mejor democracia.

Pero nos encogemos de hombros, cuando oímos á ciertos partidos gritar que en ellos, y solamente en ellos, se encuentra la verdadera idea republicana.

Esos partidos se componen de farsantes.

En el fondo valen tan poco los unos como los otros. Desde los dinamiteros salvajes, hasta los oportunistas hipócritas, pasando por los socialistas y los radicales, no hacemos diferencia cuando se trata de exigir responsabilidades. Si los primeros son los que realizaban la propaganda por los hechos, los otros han propagado la anarquía por las ideas.

Esas gentes las metemos todas en el mis-

mo saco: todas son de la misma familia.

Nuestro grito es este:

¡Viva la república francesa y cristiana!

¡Abajo la República judía y francmasona!

Desde el punto de vista religioso, lo hemos dicho ya, somos católicos. Nuestra bandera es la cruz signo de justicia, de libertad, de igualdad y fraternidad. Dejamos á los ignorantes ó á quienes se creen astros de inteligencia, el llamarnos con desprecio. ¡clericales.

Su desprecio nos es igual y se lo devolvemos con los intereses.

Desde el punto de vista social, decimos que una sociedad que no está edificada sobre el Evangelio de Cristo, parece á una barraca nada sólida, á la cual la primera tempestad echará por tierra, aplastando á los que en ella duermen.

Esto es, declararos, camaradas, que la organización actual, fundada por la revolución burguesa de 1789, no nos deslumbrará.

Pero pensando y todo que es preciso cambiar esta organización afirmamos muy alto, que no se obtendrá ese fin, sino poco á poco, y con reformas pacíficas.

Los que hacen grandes frases y predicán la revolución social, son unos ambiciosos, que no están contentos con el hollo, y quieren servirse de nosotros, compañeros, para subir á los honores y explotarnos, una vez que hayan llegado á ellos.

Y los que los escuchan son unos inocentes, que se exponen á romperse los brazos y las piernas por la cara bonita de esos políticos.

Desde el punto de vista de la cuestión obrera, queremos reformas prácticas y que el patrono no se valga de la miseria del obrero para imponerle un salario que le obligue á pasar hambre.

Los profesores de Economía política llaman á eso *libertad del trabajo*. Nosotros pensamos, con el Papa Leon XIII, que es la libertad de la fuerza contra la debilidad.

Pero aún así no obtendremos nada con una revolución.

Obtendremos algo solo á título de las reivindicaciones *claramente formuladas* por los obreros cuyos buenos patronos sepan reconocer la justicia.

Por esto estamos trabajando, camaradas, en nuestros Círculos cristianos de estudios sociales.

Desde hoy creemos que el gran medio de acción para los obreros es el *sindicato profesional*.

Este sindicato queremos que sea *real y sincero*. No queremos que los socialistas conserven el monopolio de las agrupaciones obreras.

Así esperamos decidir á los patronos á que se agrupen entre sí con las mismas intenciones, á fin de constituir un *Consejo profesional* que resuelva todas las cuestiones de salario, horas de trabajo, seguro, etc., etc., que hayan sido discutidas por los *sindicatos de obreros* de una parte, y los *sindicatos de patronos*, de otra.

Esto, compañeros, es lo que interesa sobre todo, á los obreros.

Pero hay entre nosotros muchos obreros de puerto, y hemos de ocuparnos tambien con todas las cuestiones que interesan á estos últimos.

En resumen, trabajaremos, en la medida de nuestras fuerzas, con la *Encíclica sobre la condicion de los obreros* á la vista, por sacar á nuestros hermanos de esta triste situacion de infortunio y de miseria inmerecidos, en que hoy se encuentran la mayor parte de los hombres de las *clases inferiores*.

Compañeros: estas son nuestras ideas. Seguros estamos de que las comprendereis y que vendreis á nosotros.

Dirigimos nuestro llamamiento á todos los hombres de buena voluntad, y terminamos con este grito, en el que ponemos toda nuestra fé, todas nuestras aspiraciones y todas nuestras esperanzas:

¡Viva Cristo amigo del pueblo y protector de los desgraciados!

Brest, domingo de Pascua, á 25 de Marzo de 1894.—*El Comité obrero católico.*

¡Viva Cristo! sí y ¡Viva su Iglesia!

Este es el único grito que puede salvar á los hijos del trabajo, de la explotacion que en él ejercen los más fuertes.

La *libertad de trabajo* ha sido una de las patatas revolucionarias con que el liberalismo ha engañado al pueblo.

La Iglesia quería y sostenía los gremios
La revolucion los destruyó.

Mediten los hijos del pueblo lo que significa todo esto.

Vean lo que es hoy el obrero y lo que era antes.

Lean detenidamente la *Encíclica sobre la condicion de los obreros* y allí verán donde está el mal.

La revolucion ha destruido la agremiacion obrera. Ha dicho. «Nada de limitacion; nada de tasa; libertad.»

Y....es natural; el más gordo se come al más pequeño.

Quince mil peregrinos obreros españoles han ido á Roma.

Ojalá vuelvan convertidos en quince mil predicadores de la verdad católica en el terreno social.

Esa verdad no es más que esto:

«El hombre no es libre para explotar al hombre.»

«Sobre la libertad del hombre, está la justicia de Dios.»

«Esta justicia exige que se ate la mano del más fuerte y esa mano solo la Iglesia Católica puede atarla con las cadenas de la fé y de la caridad.»

«Cuando el hombre no cree, se convierte en una bestia.»

»Y la bestia grande devora siempre á la más pequeña.»

Luego el que hermana la *libertad* con la *incredulidad* ese es el mayor enemigo del pueblo.

ADOLFO CLAVARANA.

ESPAÑA LIBRE.

Subieron del poder á la alta cumbre,
Sirviéndoles el pueblo de escalera,
Hombres sin religion, sin fé siquiera
En confusa y podrida muchedumbre.

Al pueblo descendió su podredumbre
Y en él ha fermentado de manera
Que no ha quedado ni aun la fé postrera
Que la extension de su desgracia alumbre.

Arriba corrupcion, maldad abajo,
Doquiera maldiciones y lamentos;
Para el pueblo no hay pan, pues no hay tra-
[bajo;

Mas debemos estar todos contentos,
Pues tanto bien la libertad nos trajo
La fé enterrando en ruinas de conventos.

Pablo.

Interesantísimo

Vean nuestros lectores lo que sigue porque merece ser leído y aun grabado en la mente y en el corazon.

D. Eduardo Perez Pujol, catedrático de la Universidad de Valencia, persona tan conocida por su talento como por sus ideas liberales, inició hace algunos años la fundacion de las escuelas de artesanos de aquella capital. Estas escuelas funcionaron con un caracter eminentemente *laico* pues en ellas jamás se enseñó á ningun obrero la doctrina cristiana. Mas he aquí que llega á D. Eduardo Perez Pujol la hora demorirse y la junta directiva de la escuela de artesanos, va á visitar al que fué su patrono y á darle su último adios.

D. Eduardo Perez, toma la palabra y con aquella elocuencia insinuante y atractiva con que le dotó la Providencia toma la palabra y dice:

(Lo copiamos de un periódico.)

«Me voy á la eternidad, hijos míos;» dijo D. Eduardo Perez, en aquellos momentos solemnes, pero antes quiero confesar mis faltas con el señor Vicario de la Parroquia; deseo recibir el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, y que venga un sacerdote, me administre la Extremauncion y me lea la recomendacion del alma. Y aun no estoy satisfecho: quiero que se pida la bendicion á Su Santidad; que los ministros del Señor acompañen mi cadáver al Cementerio cantando salmos, y que celebren Misas en sufragio de mi alma.

Vosotros, hijos míos, ¿qué podéis hacer por mí? Los que os habeis educado en las Escuelas de Artesanos ¿de qué modo vais á recompensarme la enseñanza que allí recibisteis? ¿Depositando una corona de flores sobre mi cadáver?

¡Ay, qué regalo tan frio! Mi alma necesita oraciones, y de vosotros no espero ningún consuelo espiritual. ¿Cómo habeis de ofrecer por mi alma una sola parte de Rosario si en las Escuelas de Artesanos nadie os enseñó á rezar el *Padre nuestro* y el *Ave Maria*? ¡Pobrecitos míos, no lloréis por mí (diré como Jesucristo á las mujeres de Jerusalem;) *llorad más bien por vosotros mismos!* Yo muero dentro de la Iglesia católica y abrazado con la cruz del Redentor; mas vosotros, no sabiendo la Doctrina Cristiana, ¿quién sabe si acabareis vuestra vida como perros? Si queréis tener la dicha y el consuelo de morir como el *iniciador de las Escuelas de Artesanos*, creedme, hijos míos, pedid que se os enseñen las verdades de la religion ó no pongáis más los piés en aquellas Escuelas.»

¡Pobre D. Eduardo Perez Pujol! ¡Cuan hubiese dado él en aquel momento por haber empleado en vida las dotes de su genio en empujar hácia Dios á aquellos jóvenes á quien nadie les enseñaba la doctrina.

Mas ellos podian decir: «¡hombres de talento que tan claras decís estas cosas á la hora de la muerte, ¿por qué no hablais lo mismo en vida? ¿Qué hemos de hacer nosotros infelices, si los que habian de mostrarnos el camino real de la verdad nos llevan por fantásticos vericuetos? ¿Quién tendrá mayor responsabilidad?»

Dios haya acogido en su seno el alma del insigne orador español D. Eduardo Perez Pujol.

C.

Seccion instructiva.

LA INMORTALIDAD

Los incrédulos antiguos y modernos no han dejado piedra por mover á fin de borrar del corazon cristiano el dogma fundamental y consolador de la inmortalidad del alma, y con él el otro de la resurreccion de los cuerpos, porque se imaginaban poder derribar con ellos toda la religion revelada.

Y en efecto, todo sería una fábula sin el dogma de la inmortalidad. Mérito y demérito para premios y penas de otra vida ¿qué podrían significar sino un cúmulo de contradicciones?

Demolidos, pues, esos dogmas fundamentales, todo el edificio de la religion evangélica debería necesariamente venir al suelo.

Mas la sana filosofia con razones sólidas,

y la teología católica con incontestables pruebas demuestran la verdad del dogma y no dejan medio de ataque al materialismo incrédulo.

A las tantas pruebas conocidas permítanos añadir otra, quizás ignorada por una buena parte de nuestros lectores. Es una prueba de hecho, cuya relación la dió el muy distinguido orador francés Padre Lacordaire en sus Conferencias en el colegio de Sorez.

La narración en substancia es como sigue.

El príncipe polaco X..., materialista incrédulo, había llegado á dar término á una obra contra la inmortalidad del alma; y ya solo pensaba en publicarla por medio de la imprenta, cuando un día se le presenta una pobre una pobre mujer sumamente afligida por la muerte de su esposo, suplicándole de este modo: «Mi buen príncipe: Acaba de morir mi esposo, y su alma al salir de esta vida habrá pasado al purgatorio, donde estará penando. Yo soy bien pobre, y no tengo ni siquiera con que mandar celebrar una Misa en sufragio de su alma. Compadeceos, pues, de mí y no me negueis un auxilio.»

El incrédulo príncipe, por más que creyese engañada á la mujer, y en su corazón la tuviese lástima, con todo se guardó de lastimarla con palabras, y mucho menos trató de rechazarla: antes bien, pronto echó mano á la bolsa y le regaló una moneda de oro.

Agradecida la infeliz mujer, se dirige al instante á una iglesia y ordena una Misa en sufragio de su difunto esposo.

Tres días después de haber pasado lo que acabamos de relatar, estaba el príncipe en su habitación ocupado en repasar y corregir su impía obra contra la inmortalidad del alma, cuando oye un ligero ruido. Levanta los ojos y ve en su propio cuarto y ante sí á un hombre sin moverse y sin proferir palabra. Extrañando el príncipe el atrevimiento de aquel hombre importuno é impertinente, iba á alzarse para hablarle, cuando en el mismo instante desaparece el individuo desconocido.

No obstante, sale el príncipe de su habitación, llama á sus domésticos, y los reprende por haber dejado entrar personas sin advertírselo á él.

—¿Qué personas, señor? contestaron los criados.

—Aquel hombre que acaba de salir del cuarto, responde el príncipe.

—Pero, señor, replican los sirvientes, nosotros no hemos permitido entrar á nadie. Ningun forastero se ha presentado siquiera á las puertas del palacio.

No dijo más el príncipe, aunque creyese ser un objeto de burla de parte algún necio.

El día siguiente ya no pensaba más en lo que él creía una broma, cuando hacía la misma hora y en la misma habitación vuelve á aparecer de improviso aquel desconocido del día anterior, quedándose tan mudo como la primera vez. Mas el príncipe enojado hasta el extremo, se levanta al punto para arremeter con él y correrlo con cajas

destempladas. Bero en menos de un instante desaparece otra vez el hombre misterioso.

Puede cada cual suponer las indagaciones que se practicaron aquel día en el palacio para averiguar aquella extraña aparición. Pero todo fué en vano.

El príncipe aguardaba con ansias el día siguiente: mas no sin cierta precaución y temor, aunque resuelto á acabar con el audaz desconocido. Ya desde que rayaba el alba, él brinca de su cama, empieza á pasearse por el aposento, cuenta las horas que se le hacen demasiado largas, y se prepara á atacar al hombre caso que vuelva á presentarse.

Se repite la aparición por tercera vez, mas antes que se mueva el príncipe, le habla así aquel extraño personaje:—«Señor, yo he venido para daros las gracias. Yo soy el esposo de aquella pobre mujer, á cuyas súplicas otorgásteis, hace pocos días, una limosna, para hacer celebrar el santo Sacrificio de la Misa por el descanso de mi alma. Vuestra obra de caridad ha sido tan agradable á Dios, que por mérito de ella Él me ha permitido presentarme personalmente para daros las gracias y aseguraros *que hay otra vida y que el alma es inmortal*. A vos toca ahora aprovecharos del favor que el cielo os concede.» No dijo más y desapareció.

No es fácil el explicarse la turbación del príncipe. Agitado y temblando llama á todas las personas del palacio, y les refiere llorando todo lo que acaba de sucederle. Y para dar más peso á su testimonio, manda llamar á las personas más autorizadas del lugar y pone en su conocimiento el hecho de la aparición.

El testimonio del príncipe persuadió á todos de la verdad de lo acontecido. Mas la prueba más convincente fué su conversión sincera. Ante todo destruyó su impía obra contra la inmortalidad del alma, y manifestó con su cristiana conducta la fe en el dogma de esta inmortalidad.

Hechos de esta clase no se repiten con frecuencia: son raros y muy raros. Y lo son aun más cuando el hombre incrédulo los pretende de Dios.

En la parábola del rico epulón se nos demuestra cuál es la providencia ordinaria de Dios en enseñarnos las verdades de la fé. Ella consiste en remitirnos á la autoridad de la Iglesia docente. (San Luc. XVI.)

Los Escribas y Fariseos incrédulos pedían á Jesucristo prodigios y más prodigios para creer en Él, por más que ya hubiesen visto milagros de sobra para creer en su divina misión: mas les dice el Salvador que no tendrían otro prodigio que su gloriosa resurrección. (San Juan II. 19 etc. S. Mat. XVI, 4)

La incredulidad moderna ha dado el último paso, y se ha precipitado en el abismo de la negación que lleva ora un nombre, ora otro, como de materialismo, racionalismo, escepticismo y demás sistemas irracionales, á los que sus propios autores dan el título de *ciencia*, mientras la turba mucha de los

ilusos ve en ellos el *non plus ultra* de las *luzes* y *progreso*.

Y estas falsas doctrinas, vertidas en novelas atractivas y en toda clase de obras ligeras, inclusa la hoja volante del periódico, se enseñan al vulgo indocto, que ha aprendido á leer, y con ellas se procura educar á las masas.

Los anarquistas, á su vez, con los ensayos que estan dando á la sociedad aterrorizada, enseñan á los sábios indrédulos, que sin la fe en otra vida, sin el dogma de la inmortalidad del alma, le falta la base á la sociedad.

La Iglesia de Jesucristo es la única fuerza moral del edificio social que vacila y amenaza ruina. Ella con los misterios de la redención humana, y particularmente con el de la resurrección de Jesucristo despierta nuestra fe dormida, aviva nuestra esperanza, y enciende el fuego del amor para otra vida mucho mejor que la presente.

Los dogmas de la inmortalidad de nuestra alma y de la resurrección futura de nuestros cuerpos, nos inspiran sentimientos dignos de un cristiano, esto es de paciencia en los sufrimientos y de moderación en los gozos y la abundancia.

Son estos dogmas las dos últimas verdades que nos enseña nuestro *Credo* con estas palabras: *Creo la resurrección de la carne, y la vida perdurable*.

BIBLIOGRAFIA

LA VIDA FELIZ ó sea LAS FUENTES DE LA FELICIDAD VERDADERA. Obra espiritual teórico-práctica por D. Santiago Ojea y Márquez, Pbro., con licencia eclesiástica.—Esta obra consta de cuatro tomos en cuarto, esmeradamente impresos y de abundante lectura, que por el deseo que tanto al autor como á los editores anima en beneficio de la mayor propagación de ella, para bien del clero y comunidades, y en general para las familias cristianas que deseen instruirse perfectamente y adquirir por el conocimiento de este cuerpo de doctrina la «vida feliz» en esta vida presente, y en la otra.—Se vende en la Sociedad Editorial de San Francisco de Sales, Bolsa, 10, psncipal, Madrid, y en las librerías católicas, al precio de 12 pesetas en rústica, y 15 id. encuadernada.—Los que compren esta obra adquieren el derecho de recibir por mitad de precio «El Reino social de Jesucristo», y «Observaciones doctrinales á ricos y á pobres», obras del mismo autor.

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Cada acción da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN DIRECTA.

Una acción	4 pesetas mensuales.
Media id.	2 " "
Un cuarto id.	1 " "
Un octavo id.	0'50 " "

Por medio de correspondencia 25 céntimos más por acción mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Garcia, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de *La Semana Católica*. Bolsa 10, y en las demás librerías católicas.

Imp. de LA LECTURA POPULAR.